

Contracorriente

Contracorriente

Juego limpio

(EL MUNDO, domingo 21 de octubre de 2012)

Por: Ramón Elejalde Arbeláez

En todas las actividades de la vida, es necesario observar con esmero las reglas de juego para que tengan el éxito propuesto. Esta observancia es connatural a la práctica del deporte cualquiera sea su objetivo, competitivo o recreativo, y también se llama juego limpio. No se concibe la práctica de un deporte con cartas marcadas, con premeditación, por ignorancia o por ingenuidad de los participantes.

El fútbol profesional colombiano no ha sido ajeno a la presencia malsana del narcotráfico, los apostadores, lavadores de dólares y grupos al margen de la ley. Los ejemplos abundan y por notorios me considero relevado de tratarlos en este artículo; el presidente de uno de los equipos más prestigiosos de Colombia, ofreció renunciar a dos de sus campeonatos por haberlos obtenido bajo el patrocinio de uno de los narcotraficantes que más daño y dolor le causó a esta nación. No es el único club, ni el más “untado”; casi ninguno escapa a esas manchas en su historia reciente y lo que es peor, algunos todavía ostentan esos lunares de vergüenza. Desde el Estado se ha legislado buscando la limpieza del fútbol profesional, intentos llenos de buenas intenciones, mayoritariamente ineficaces en la vida práctica. Algunos equipos han sido adquiridos por empresas de reconocida trayectoria, que resultaron muy buenas experiencias de saneamiento patrimonial; otros han logrado masificar y

democratizar su propiedad, lo que también es un excelente propósito de enmienda. Pero otros equipos, siguen sumidos en una historia de penumbra sobre los nombres, origen y actividades de sus verdaderos dueños.

Los dirigentes de nuestro balompié profesional tienen años en sus cargos, por lo que puede inferirse que muchos han convivido y quizá cohonestado esta lamentable historia de uno de nuestros deportes emblemáticos. Algún día tendremos la oportunidad de refrescar esa dirigencia y de permitir la llegada de personas idóneas y dignas de regentar un fútbol que es la alegría y la pasión de toda una nación.

Obviamente que los jueces en el terreno de juego, los llamados a la imparcialidad, la ponderación, el buen juicio y la responsabilidad, también tienen que ser objeto de un estudio serio y juicioso sobre su solvencia técnica y moral. No puede ser que estos señores sean los que decidan quién gana y quién pierde en un terreno de juego. Lo único para decidir el equipo ganador en una confrontación deportiva deberían ser las actuaciones de los deportistas con un inmensurable factor aleatorio, ajeno a la voluntad humana. Ni el árbitro, ni los organizadores del torneo pueden definir estos resultados. Es una regla elemental del deporte. No puede ser que los apostadores, como sucedió recientemente en Italia; los hinchas llenos de dinero, como afirman que sucedió en un pasado en Colombia; o los árbitros meramente incapaces, definan los resultados del fútbol.

Tristemente, eso lo venimos viendo hoy en el balompié colombiano. Para citar un ejemplo, y pueden existir muchos más, basta mirar algunos partidos que ha sostenido recientemente el Deportivo Independiente Medellín, para comprobar cómo árbitros, con buena o mala fe (No puedo calificar sus conductas pues no tengo más elementos de juicio que haber visto los partidos) han falseado resultados: los juegos del DIM contra Envigado, arbitrado por Nelson Anaya; contra el Atlético Huila, cuyo silbato fue Nicolás Gallo; contra Atlético Nacional, pitado por Imer Machado; ante el Itagüí, dirigido por Juan Gamarra y finalmente el disputado con Millonarios bajo la conducción de José Luis Niño, son, como mínimo, una afrenta a la imparcialidad y a la objetividad.

Quedan muchas dudas, pues tantos errores juntos llevan a pensar a la gente que no todos son errores involuntarios y que algo sigue putrefacto en el fútbol colombiano. Si la caduca dirigencia de nuestro fútbol no piensa dar un paso al costado en el inmediato futuro, como mínimo debería propiciar torneos transparentes. Estas situaciones también son violencia; aquí también se está incubando malestar y dudas que pueden tener un final lamentable. Antes de afirmar, como lo hicieron este jueves con respecto a las expresiones de un directivo del Independiente Medellín, que sus “declaraciones ponen en entredicho la actividad arbitral y afectan de manera flagrante el prestigio del fútbol colombiano”, deberían evaluar hasta dónde la misma dirigencia y las actuaciones de algunos de sus árbitros están atentando contra un deporte que es emblemático

en Colombia y contra la tranquilidad y la paz que debe imperar en los escenarios deportivos.